ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.



H. P. BLAVATSKY

IN MEMORIAM

> Tus sombras viven y se desvanecen. Aquello que en ti vivirá eternamente; aquello que en ti *sabe* por qué es el conocimiento mismo, no es de vida pasajera, es el hombre que fué, es y será, para quien jamás sonará la hora.
>
> (*La Voz del Silencio.*)

Cúmplese mañana el segundo aniversario de la muerte de H. P. B.

Fecha inolvidable es el 8 de Mayo para todos los teosofistas que veneran la memoria de la que fué su Maestro, para los discípulos que tuvieron la honra de conocer personalmente á la mensajera de los «Hermanos»; en una palabra: para todos aquellos que no olvidan los beneficios recibidos, y que á H. P. B. deben la vida moral y espiritual.

¡Séame permitido expresar en estos renglones, aunque muy imperfectamente, los sentimientos de gratitud, de cariño, de inquebrantable lealtad que animan á todos los teosofistas españoles, y que ligarán eternamente al que escribe estas líneas á la que fué su Maestro!

Volvamos la vista atrás y contemplemos el camino recorrido durante esos dos años. ¡Cuántos progresos realizados! El puñado de teosofistas que entonces valientemente enarbolaron la bandera Teosófica, ven hoy día sus esfuerzos recompensados por los hechos que palpablemente vienen á demostrarles cada día que los Maestros jamás abandonan á aquellos que, convencidos de su existencia, animados por esa voluntad ante la cual desaparecen todos los obstáculos por invencibles que parezcan, trabajan por su causa, que es la de la Humanidad.

Tres años hace que nuestro queridísimo Francisco Montolíu, en unión de un cortísimo número de verdaderos teosofistas, echó los cimientos del edificio teosófico en España. Sólo el autor de este artículo sabe los sacrificios y el trabajo que se impuso nuestro hermano para dar vida á la nobilísima obra que nos propusimos llevar á feliz término con el auxilio de nuestro Maestro H. P. B.

Mas tan buena semilla no podía menos de producir sus frutos; pues quienes la sembraron reunían las condiciones necesarias al éxito de la colosal empresa, que son, la convicción arraigada, la confianza absoluta en «Los» que les prestaban y prestan su apoyo, y el sentimiento de *impersonalidad*, sin los cuales la Teosofía hubiese nacido muerta en nuestro país.

Inspirados siempre en el ejemplo de la que durante su vida objetiva llevó el nombre de Helena Petrovna Blavatsky, y fué el alma de ese poderosísimo movimiento filosófico, religioso y social representado por la Sociedad Teosófica, nuestra misión ha empezado á producir los resultados que legítimamente pueden esperar siempre todos aquellos que, sobreponiendo la causa á todos los sentimientos mezquinos de la personalidad, combaten en sus múltiples formas el origen de todas las miserias humanas: el Egoísmo unido á la Ignorancia.

Nuestro inolvidable Maestro, á quien tanto debemos, nos ha señalado con el ejemplo de su vida, el único camino que conduce al Gran Objeto por el cual fué fundada la Sociedad Teosófica, ejemplo en que constantemente deben inspirarse los que voluntariamente han solicitado luchar por el proyecto moral y material de sus semejantes.

¿Quién dió jamás en este siglo llamado «de las luces», tan superficial y egoísta, mayor ejemplo de abnegación que H. P. Blavatsky? Su vida entera fué consagrada al servicio de aquellos Maestros de quienes había recibido la Iniciación.

Durante los diez y seis años que H. P. B. luchó contra el egoísmo, la ignorancia y los dogmatismos tanto religiosos como científicos, fué víctima de los ataques más violentos, de las calumnias más infames por parte, no sólo de aquellos que veían amenazados sus intereses materiales, hipócritas y Fariseos semejantes á aquellos sepulcros de que nos habla la *Biblia*, «revestidos de cal por fuera y llenos de podredumbre por dentro», sino también por parte de los aduladores de la ciencia oficial.

Sacrificándose hasta el último momento de su vida en bien de sus semejantes, pronta siempre á socorrer á los desgraciados sin tener en cuenta jamás su posición ó rango, abrazando invariablemente la causa del débil injustamente perseguido por el fuerte, dispuesta siempre á todo género de sacrificios por amargos que fuesen, su corazón encontró bien á menudo la ingratitud en premio de ese amor profundo que su ser entero profesaba á la humanidad.

Entre los rasgos especialísimos que caracterizaban á esa noble mujer, tan extraordinaria por sus poderes ocultos y conocimientos universales, destacábanse un culto fervientísimo á la Justicia, una franqueza tachada á veces de extremada por aquellos incapaces de comprenderla, y un horror instintivo á los convencionalismos sociales, vacíos y mezquinos, que la creó no pocos enemigos.

Puede decirse que H. P. B. era la encarnación de la sinceridad y de la abnegación.

No podía una individualidad tan poderosa, tan fuera del alcance de la *turba multa*, ser indiferente á cuantos la trataban.

Sentíanse irresistiblemente atraídos hacia ella desde el primer momento, ó experimentaban una corriente repulsiva.

Todos, sin embargo, amigos y enemigos, concordaban en un punto, á saber: que Helena Petrovna Blavatsky era una mujer de extraordinaria inteligencia, dotada de poderes ocultos verdaderamente maravillosos. Las calumnias de que fué objeto partieron casi siempre de aquellos que mayores favores habían recibido de ella, ó que no la conocían. Los que vivieron á su lado, y que durante largos años diariamente fueron testigos de la pureza inmaculada de su vida, de sus constantes sacrificios por la obra á la que dedicó su entera existencia, de su inalterable desprecio del dinero, y de todo cuanto el mundo mayávico adora, mejor que nadie pueden apreciar en su justo valor la villanía de esos ataques.

H. P. B. era la lealtad personificada, y odiaba la mentira. Tolerante con los defectos y las debilidades humanas; bondadosa con todos los que sinceramente llamaban á su puerta en demanda de auxilio moral y material, rebelábase ante la hipocresía y el egoísmo, y puede afirmarse que nuestro Maestro empleó su vida en combatir á esos dos vicios tan característicos de nuestra época.

Indiferente hasta el heroísmo ante las acusaciones más bajas y crueles, mientras sólo se trataba de su personalidad, H. P. B. las rechazaba enérgicamente siempre que la reputación de sus hermanos ó de la Sociedad Teosófica en general estaba en juego, y sólo en esos casos es cuando manifestaba toda la fuerza de sus poderes.

He dicho que H. P. B. despreciaba el dinero y la fama mayávica, y lo ha demostrado en cien ocasiones. Bastará con un ejemplo:

Estando en la India, años atrás, personas de alta posición é influencia en el país, la ofrecieron una cantidad anual crecida si consentía en escribir artículos políticos para un diario importante. Ya entonces H. P. B. apenas tenía lo suficiente para atender á sus necesidades más perentorias; pues como saben todos los teosofistas y muchos que no lo son, habia entregado todo cuanto poseía á la Obra Teosófica. Aquella proposición, sin contar otras muchas, significaba pues, para ella, si no la riqueza, al menos el bienestar; pues con su talento, su originalidad, su brillante y vigoroso estilo, la profundidad de sus conceptos y su facilidad, verdaderamente admirable de adaptación en todos los medios ambientes, bien pronto hubiese alcanzado aquello que persiguen con tanto afán las masas: el éxito material. H. P. B. rehusó la oferta, contestando que ella había consagrado su vida á la Obra de «Los» que la habían confiado la misión de llevarla á cabo; que no podía emplear un momento siquiera en cosa alguna que no fuese en provecho de la Sociedad Teosófica, y que además no entendía ni quería entender una palabra de política.

Más tarde y en circunstancias distintas, ciertas Sociedades que es inútil nombrar, la hicieron proposiciones, bastante menos honrosas que la de escribir artículos políticos, con el fin exclusivo de lograr su silencio. Como es de suponer, los reptiles tuvieron que desistir de su intento; mas desde aquel día aumentaron las calumnias y no hubo arma por vil que fuera, de que no se sirviesen para tratar de perder á la que odiaban precisamente por lo mucho que valía.

Mientras tanto, H. P. B. iba recogiendo los frutos de su abnegación, de su amor á la Humanidad, de su lealtad hacia los Maestros. La Sociedad Teosófica fundada en Nueva-York el año de 1875, y que sólo contaba con un Centro ó Rama en aquella fecha, se desarrollaba en proporciones tales que hoy cuenta con más de 300 Ramas esparcidas por el mundo entero. ¡Esta es la mejor respuesta á aquellos seres desgraciados que manchan todo cuanto tocan, y que en medio de las densas tinieblas en que viven no pueden contemplar serenamente lo sublime! Compadezcámosles y no les guardemos rencor, pues tal sentimiento no puede caber en corazón teosófico alguno. ¿Quién sabe si algún día, muy próximo, quizás, esos seres, hermanos nuestros, no invocarán el poderoso auxilio de la que tanto calumniaron en vida y que hoy vive en planos superiores?

La muerte de nuestro Maestro llenó de júbilo y esperanza á nuestros adversarios. Pensaban que habiendo desaparecido la que era (y es aún, por más que no lo puedan comprender) el alma del movimiento, la Obra en-

tera se derrumbaría, sepultando en sus ruinas á los fieles discípulos que dejó el Maestro para continuar su misión en el mundo objetivo. Desgraciadamente para ellos no se realizaron sus esperanzas; sucedió precisamente todo lo contrario, como todo aquél que tenía ojos pudo ver.

La Obra, lejos de resentirse de tan rudo golpe, se consolidó más y más, desapareciendo las pequeñas diferencias puramente externas que existían en el seno de nuestra gran familia. Los tímidos cobraron valor; los perezosos sintiéronse animados de un poderoso deseo de trabajar por la Causa, y hasta los indiferentes y profanos contribuyeron á afianzar el Edificio Teosófico. ¡Así vimos en Lóndres, á raíz de la muerte de H. P. B., durante la Primera Convención de la S. T. en Europa, lo que jamás se había visto, ó sean más de 600 personas asistiendo á nuestras sesiones, sin contar los Delegados Teosóficos del mundo entero; y para coronar la obra más de 2.000 profanos que habian acudido al *meeting* de *Prince's Theater* (teatro importante de Lóndres) en dónde Annie Besant, la digna sucesora de H. P. B. explicaba á un público numeroso y ávido de escuchar sus palabras, lo que es la Teosofía!

....

Esa marcadísima reacción, no sólo se observó en Lóndres y toda Inglaterra, sino también en la India, América, Australia y Europa enteras.

En España también se ha dejado sentir poderosamente. Nuestro país fué el último en que cayó la semilla teosófica sembrada por nuestro Maestro mismo poco antes de abandonar este plano de la existencia física, y ya contemplamos llenos de alegría y esperanza, los resultados admirables creados con el auxilio de H. P. B. por unos cuantos discípulos suyos, leales y firmes en su propósito de imitar, en cuanto se lo permitan sus escasas fuerzas, á la que les reveló el único sendero que conduce á la verdad, es decir, á cumplir con su deber y á seguir siempre, cueste lo que cueste, el noble ejemplo del inolvidable y venerado Maestro que en su última encarnación llevó el nombre queridísimo de Helena Petrovna Blavatsky.

VINA





F. MONTOLÍU Y DE TOGORES

DESENCARNÓ EN BARCELONA EL 10 DE MAYO DE 1892

¡Tristísima fecha la del día 10 de Mayo de 1892! ¡Día de luto para todo verdadero teosofista! Tendido sobre su lecho de muerte, yacía exánime el que fué entusiasta y ardiente propagador de la Teosofía en España y sus colonias, sin que una persona querida velase sus restos fúnebres. ¡Parece que era ayer, y, sin embargo, un año ha transcurrido desde que nuestro inolvidable Maestro don Francisco de Montolíu, á la temprana edad de treinta y un años, abandonó su envoltura mortal, dejando á todos sus discípulos en la más triste orfandad!

¡Ah! ¿Cómo es posible olvidar, ni por un momento, aquella figura noble y simpática, todo nervio, todo corazón, que tanto nos había alentado en las duras y difíciles pruebas por las que pasamos los que hemos tenido la alta honra de ser los primeros teosofistas en un país tan fanático como el nuestro? ¿Cómo es posible relegar al olvido aquellas sabias lecciones en las cuales Montolíu parecía concentrar su alma entera, lecciones nutridas de erudición vastísima y de conceptos claros como su brillante inteligencia?

Fortalecidos con su presencia el puñado de teosofistas españoles que entonces había, parecíamos invulnerables; educados en sus puras y sublimes enseñanzas, creíamos tener armas suficientes para resistir todo ataque que pudiese presentarnos la fanática ortodoxia, y nos sentíamos fuertes para llevar á

cabo nuestra temeraria empresa, y salir victoriosos en la lucha que teníamos en perspectiva.

Pero, ¡oh dolor! Cuando menos era de esperar, cuando las fuerzas de la juventud parecían animar mejor que nunca á nuestro maestro, Montolíu, tras breve enfermedad, nos dejó á todos en el más doloroso aislamiento, no quedando más que unos inanimados despojos de aquella poderosa individualidad que nos tenía siempre suspensos de sus labios, contribuyendo á hacer más sensible y penosa esta impresión, la circunstancia de coincidir casi la desencarnación de nuestro inolvidable hermano, con el aniversario de la muerte de H. P. Blavatsky, de eterna memoria en los anales de la Teosofía.

Reunidos nos hallábamos los teosofistas barceloneses en nuestro modesto local celebrando la reglamentaria sesión necrológica en honor de la egregia fundadora de la Sociedad Teosófica, y en aquellos precisos momentos nuestro queridísimo Montolíu estaba agonizando en su lecho de dolor, que en breve debía convertirse en lecho de muerte.

La pena embarga mi alma; y no obstante, debo, por un momento siquiera, ahogar el dolor de mi pecho y escribir bien ó mal algo referente á la vida del que fué nuestro amigo y hermano. Desaliñada es mi pluma, y tosco el estilo para ponderar las excelsas virtudes que adornaron á Montolíu, y los rasgos más sublimes de su existencia. Por otra parte, poco puedo añadir al artículo firmado por la Redacción de los *Estudios Teosóficos*, y publicado á raíz de la desencarnación de nuestro primer Presidente. No se vea, pues, en las siguientes líneas, otra cosa que los desahogos de un amigo que llora al amigo de su corazón......................................

....

No cabe la menor duda de que uno de los medios más prácticos y eficaces para propagar una doctrina, cualquiera que ella sea, es predicarla con el ejemplo. Por muy sólidas y arraigadas que sean las convicciones de un individuo, no puede éste evitar en ciertas ocasiones el verse asaltado por reiteradas dudas sobre las creencias á las que rinde culto. Montolíu, comprendiendo la poderosa eficacia del ejemplo, presentaba el suyo propio como corolario de las doctrinas que propalaba con todo el ardor y con todo el celo de que era capaz. ¡Qué hermoso y qué fructífero fué el ejemplo de su vida! No hay duda: si el árbol hay que conocerlo por su fruto, ¡cuán grande, cuán portentosa y cuán sublime debe ser la Teosofía, que tales sentimientos y tales actos sugiere á los que están afiliados bajo su estandarte glorioso!

Montolíu reunía á una voluntad de hierro un corazón de oro. La actividad infatigable era la característica de su temperamento; la abnegación, la filantropía, el altruismo, el espíritu de sacrificio, eran las más bellas y preciadas dotes de su alma; era un campeón intrépido de la Teosofía, con una benevolencia de ángel.

La rectitud de su criterio, la elevación de sus miras y la sed de justicia que le abrasaba, no podían permitir que Montolíu se sintiese bien en medio del mundo egoísta en que vivía. Doquiera que volvía la vista, no distinguía más que al oprimido y al débil gimiendo bajo la férula del tirano y del opresor; veía la virtud escarnecida, el vicio triunfante y la hipocresía imperando como soberana en medio de una sociedad corrompida. Sintió sublevarse su alma ante ese cuadro de maldición, y se esforzaba vanamente, buscando en el fondo de su pensamiento una fórmula que le sirviese de norte, y hacia la cual pudiese hacer converger sus energías.....

Profundo era su desaliento, cuando una «curiosa coincidencia» hizo caer en sus manos un número de la *Revue Théosophique*. Leerlo, y parecerle á Montolíu que se descorría un velo ante sus ojos, fué una misma cosa. Había encontrado la fórmula que tanto ansiaba conocer, y faltaba tan sólo ampliar los conocimientos y profundizar las doctrinas que había visto esbozadas en la citada revista.

En el brevísimo plazo de un trimestre aprendió el inglés, y, conocedor ya de esta lengua, devoró entonces toda la literatura teosófica, con un afán del que nada puede dar una idea.

Pero Montolíu no era egoísta: antes al con-

trario; penetrado del más puro altruismo, como todo buen teosofista, y recordando que «había llegado el tiempo de sembrar», dedicó todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, al ímprobo trabajo de traducir las mejores obras teosóficas, á fin de que todos sus compatriotas pudiesen nutrirse, como él, de las saludables doctrinas de la Sabiduría-Religión.

Solo trabajaba Montolíu en su modesto retiro, hasta que otra curiosa coincidencia le hizo trabar relaciones amistosas y fraternales con el que ahora es dignísimo Presidente de la Rama teosófica de Madrid, y juntos trabajaron sin descanso, día y noche, para difundir la Teosofía en España.

No por eso desatendía Montolíu las obligaciones que le imponía el cargo de catedrático que desempeñaba en el Instituto de Alfonso XII, en Madrid, como lo demuestra el aprecio y la estimación que por él sentían todos sus discípulos sin excepción. Algún tiempo después, fué trasladado á Barcelona, donde ejerció el cargo de Director de la Escuela de Peritos Agrónomos, cargo que desempeñó poco tiempo, porque sus trabajos excesivos y su actividad prodigiosa cortaron el hilo de su existencia en lo más florido de su juventud, y cuando todo parecía sonreirle, todo á excepción de los mil sinsabores que le creaba la intolerancia de su familia.

¡Ah! ¡Cuánto tuvo que sufrir el pobre Montolíu en medio de la contraria atmósfera que respiraba en el seno de su familia! ¡Cuántas lágrimas derramó en silencio nuestro queridísimo amigo al considerar el abismo que le separaba de aquellos que le dieron el sér físico, abismo constituído exclusivamente por la diversidad de creencias! Porque Montolíu, lejos de ser inaccesible al cariño de su familia, sentía partírsele el corazón cada vez que sus padres, educados en la intransigencia religiosa que les inculcaron sus antepasados, le manifestaban el sentimiento que les causaba su cambio de opiniones religiosas.

Pero Montolíu estaba firmemente convencido de sus creencias; todo lo había previsto y calculado, y sin obedecer á ninguna presión más que á su propia conciencia, manteníase inflexible, y lo sufría todo con la resignación y el heroísmo de un martir. Su conducta se inspiraba en esta hermosa máxima del *Libro de los Preceptos de Oro:* «Si te dijeren que para obtener la libertad tienes que odiar á tu madre....., renegar de tu padre y llamarle *amo de casa.....*, diles que su lengua es falsa.»

De manera es que, por una de estas sabias compensaciones que con tanta frecuencia vemos, el fanatismo intolerable, que con tan malos ojos veía el celo teosófico de Montolíu, y tanto se esforzaba en contrarrestarlo por todos los medios posibles, ese mismo fanatismo fué inconscientemente una de las causas más poderosas que contribuyeron al progreso moral de nuestro hermano; cada lágrima, cada suspiro que arrancaba de su pecho, era un paso agigantado en el camino de la perfección; pues como dice muy poéticamente la *Luz en el Sendero*, «antes de que el alma pueda erguirse en presencia de los Maestros, es necesario que los pies se hayan lavado en la sangre del corazón.»

Viviendo casi aislado en su solitario retiro, abstraído completamente del mundo exterior, consagraba al estudio todo el tiempo de que disponía. Hasta una hora muy avanzada de la noche veíase luz en su habitación, y todas las mañanas, por muy madrugador que fuese el visitante, le encontraba ya instalado en su mesa de trabajo, pluma en mano. Puede afirmarse que el estudio y la meditación eran para Montolíu lo que el aire para nuestros pulmones.

El orden más estricto y el método más riguroso, regulaban su vida; no parecía sino que todos sus actos obedecían á un programa ó á un plan combinado de antemano. Era un cronómetro viviente.

Montolíu era vegetariano estricto. A fuerza de perseverancia, logró Montolíu matar en su ser todo rastro de pasiones y afecciones terrenas. ¡Lástima causa el ver á tantas y tantas personas que, por el sólo hecho de no ceder á tal ó cual pasión, se creen ya con suficientes derechos para gozar de una vida mejor, y, sin embargo, se hallan fuertemente encadenadas á la tierra, ya por el egoísmo, ya por la gula, la avaricia, la ambición, la

lujuria, la sed de riquezas ú otros motivos personales! La masa de la humanidad ignora, ó quiere ignorar, que para remontarse la parte más noble de nuestro ser á otras regiones más etéreas, tiene que romper antes todos, absolutamente todos los lazos terrenos, de igual manera que un globo aerostático no puede ascender á las regiones elevadas de la atmósfera, mientras haya una sola amarra que lo sujete á la tierra.

Montolíu nada deseaba; ninguna clase de ambición personal le conmovía. Era un desterrado en este planeta, en el cual sólo le retenía un acendrado amor á la humanidad. Al bien de la humanidad dedicaba todos sus esfuerzos, y al bien de la humanidad consagró su vida entera.

¿Podían estas energías, tan sabiamente dirigidas, dejar de producir sus frutos? ¿Podía la fecunda semilla que él echara, dejar de germinar en un plazo más breve ó más largo? Imposible. Véase si no cómo las verdades teosóficas van prosperando y ganando terreno en nuestro país, á pesar de estar reñidas con la orgullosa ciencia oficial, y á pesar de todos los obstáculos que el obscurantismo siembra á su paso; véase cómo se van formando todos los días nuevas Ramas de la Sociedad Teosófica, y cómo cada uno de estos Centros va engrosando sus filas; véase cómo se va difundiendo la literatura arcáica en este país, donde tan poca afición hay á la lectura en general. Razón sobrada tenemos, pues, para enorgullecernos todos cuantos hemos contribuído á apoyar y secundar los incesantes esfuerzos de Montolíu, en su obra de propaganda.

Focos poderosos de irradiación de sus doctrinas fueron todas las conferencias que organizó Montolíu en Madrid y Barcelona; sus palabras no podían menos de encontrar tantos ecos como eran las personas de su auditorio; tal era la lógica, la claridad, la precisión de sus discursos, á lo cual contribuía poderosamente el estudio profundo que él había hecho de esta materia, así como su prodigiosa erudición que le permitía amontonar citas y más citas en sus sesiones orales. Era preciso oirle para convencerse de su portentoso talento y de su privilegiada memoria, y era por demás sorprendente la facilidad con que improvisaba larguísimos discursos sobre cualquier tema, adaptado á las circunstancias de lugar y tiempo.

¿De qué asunto desean ustedes que les hable hoy?—nos preguntaba á menudo, antes de dar comienzo á sus peroraciones familiares. Recuerdo en este momento su admirable conferencia semi-pública sobre la «Leyenda de Hiram,» que fué escuchada con profunda emoción por un número considerable de caracterizados masones, así como otra conferencia que improvisó acerca de la «Música en sus relaciones con el Ocultismo,» y que dejó maravillados á cuantos le escucharon; y no hablo aquí de una serie de lecciones orales que dió sobre las distintas escuelas de filosofía oriental, de Vaisesika, de Kapila ó Sankhya, Visigadvaya, etc., etc., todas ellas matizadas de innumerables términos sanscritos, que no tienen exacta traducción en ninguno de los idiomas europeos, y que brotaban de sus labios sin la menor confusión y con una facilidad pasmosa. Imposible parece que en los breves años que dedicó al estudio de la literatura teosófica, hubiese podido asimilársela y profundizarla hasta tal punto.

Pero las palabras se las lleva el viento, pensaba Montolíu; y á pesar de que sus discursos quedaron grabados de una manera indeleble en la mente de su auditorio, quiso cimentar mejor su obra escribiendo largos y bien meditados artículos sobre los puntos más interesantes y más variados de la Teosofía, con lo cual vino á cristalizar, por decirlo así, sus opiniones sobre el asunto, á fin de que resistiesen mejor la obra devastadora del tiempo. Así es que, aparte del gran número de traducciones que emprendió y dejó terminadas, y aparte de algunas obras de propaganda que publicó, y de una cantidad considerable de artículos que vieron la luz pública en los Estudios Teosóficos, todavía dejó, al morir, abundante original para la mencionada revista.

Ya profundamente arraigadas sus ideas en España, de cuyo grupo teosófico fué el primer Presidente, y bien cimentada su obra con

sus numerosos escritos y con el prestigio de nombre, Montolíu, ó Nemo, como se firmaba modestamente, podía considerar terminada su misión.

Por fuerte que fuese su complexión, por enérgica que fuese su joven naturaleza, no era posible sostener por mucho tiempo un trabajo tan rudo y tan ímprobo como el que se había impuesto. Su excesiva laboriosidad había consumido rápidamente la llama vital de su organismo, y sucedió, por desgracia, lo que era de prever.

Pocas semanas antes de caer enfermo, tristes presentimientos nublaban la tersa frente de Montolíu; é imaginándose éste que iba á expirar en breve el plazo designado para el cumplimiento de su misión, nuestro querido hermano triplicaba sus afanes y se daba gran prisa en ultimar varios asuntos que tenía pendientes. Veíasele entonces trabajar con ansia febril, corregir sus manuscritos, terminar diversos artículos y disponer el material para los números sucesivos de los Estudios Teosóficos, ordenándolo y clasificándolo todo muy oportunamente.

Cuantas reflexiones se le hacían para desviar de su cerebro semejantes presentimientos, resultaban infructuosas. ¡Ah! Desgraciadamente le sobraba razón á Montolíu. El día 3 de Mayo iba yo á visitarle por primera vez, no habiendo podido notar en él más que algunos leves síntomas sin importancia alguna; al día siguiente habíase cambiado el estado del enfermo de una manera que empezó á causar alguna zozobra entre sus amigos, y día tras día iba empeorando la situación de Montolíu, desarrollándose en poco más de una semana una terrible afección consuntiva de forma tifóidica y de curso galopante, que en la inmensa mayoría de los casos necesita muchos meses y aún años para su total evolución. ¡Hasta en su última enfermedad, el pobre Montolíu desplegó una actividad desmedida é insólita!

Paralelamente á los progresos de su cruel enfermedad, aquella inteligencia brillante que tanto habíamos admirado, iba extinguiéndose por momentos. «Estoy como la ostra,» decía el infeliz, pintando su situación, al verse sepultado en la cama y sentir que se iba apagando el brillo de sus facultades intelectuales.

Poco después, Montolíu sólo presentaba algunos intervalos lúcidos, y así en éstos como en sus largas horas de delirio, brotaba sin cesar de sus labios, animados por una sonrisa celestial, el nombre de nuestro venerado Maestro, H. P. Blavatsky, ó mejor dicho, de sus iniciales H. P. B., como es costumbre entre nuestros hermanos de Inglaterra llamarla; pudiéndose, por lo tanto, afirmar categóricamente, y sin que nadie pueda desmentirnos, que Montolíu permaneció fiel y adicto á la Teosofía hasta el momento en que exhaló su postrer suspiro.

Mientras conservó un leve destello de inteligencia, fueron completamente inútiles todas las tentativas que hizo la familia y algunos extraños, para que abjurase de sus creencias. El joven Montolíu permaneció siempre inflexible. Preciso fué aprovecharse del desorden profundo de sus facultades intelectuales, para que algunos conspicuos padres jesuítas, de acuerdo con la familia de nuestro hermano, simulasen una conversión de última hora.

¡Montolíu abjurar sus doctrinas! ¡Montolíu renegar de sus ideas, á las cuales había consagrado su vida entera, y por las cuales había sacrificado su propio bienestar, su porvenir, una brillante posición social, toda clase de afectos mundanos y hasta el cariño de sus padres! ¡Como si fuera posible para el que ha llegado á asimilarse las puras y admirables verdades de la Teosofía, echarlas al olvido y acogerse de nuevo á las rancias doctrinas que le sugirieron en su infancia; como si fuera posible que un individuo aclimatado en un país tropical, donde el cielo es límpido y la naturaleza sonriente, pudiese resignarse á ir á acabar sus días en las glaciales y nebulosas soledades del polo!

Pero convenía á los intereses de su familia el hacer constar que Montolíu había recibido los sacramentos de la iglesia católica, y aquélla no tuvo el menor reparo en publicarlo en grandes letras de molde. Claro es que Montolíu, como casi todos los que hemos sido educados en el catolicismo, los había recibido

más de una vez en su vida; sin embargo, cualquiera que sea capaz de reflexionar se preguntará: ¿por qué, pues, no se le administró el viático al joven Montolíu? ¡Ah! Es que no pudo llegar hasta este extremo la ficción que se representaba dentro de la alcoba de nuestro amigo. ¡Demasiado comprendieron nuestros adversarios que era excesivamente arriesgado el papel que desempeñaban, y tuvieron prudencia bastante para no comprometer su obra. En cuanto á los demás sacramentos que recibió Montolíu, ó mejor dicho, que le fueron administrados, la experiencia nos ha venido á demostrar que hay muchos enfermos que los reciben como quien recibe una peseta falsa, esto es, sin advertirlo ni darse cuenta de ello.

Como es natural, para llevar á efecto estos planes, estorbaban todos los verdaderos amigos del joven Montolíu, y dicho se está que fuimos despedidos todos cuantos le asistíamos y cuidábamos durante su última enfermedad. No hubo más remedio que ceder ante la fuerza brutal, y en virtud de esta circunstancia, nuestro desgraciado amigo se vió alejado de sus entusiastas admiradores, y rodeado, día y noche, de gente fanática, incapaz de animarle con una sonrisa ó con un amistoso apretón de manos. Afortunadamente, Montolíu era entonces poco menos que un cadáver, puesto que su razón se habia extinguido ya por completo.

Finalmente llegó la hora fatal. ¡Después de una noche angustiosa, durante la cual Montolíu, en sus cortísimos intervalos de lucidez, buscaba ansiosamente una mirada amiga sin encontrarla en ninguna parte; después de una agonía desesperada en la cual se vió privado de todo apoyo y de todo consuelo, nuestro infeliz hermano cerró sus ojos por última vez, cuando la naciente aurora empezaba á lanzar sus rayos vivificantes á la tierra!....

....

¡Descansa en paz, Montolíu! Tu alma demasiado grande y noble no podía vivir en este mundo raquítico y egoísta. Tu corazón demasiado generoso y magnánimo, no se avenía con los horrores, tiranías y opresiones de que, á cada instante, eras testigo. Cuantos te conocíamos, te consideramos como un enviado ó emisario de los Maestros para sembrar y difundir la Teosofía en nuestra patria. Cumpliste con creces la delicada misión que se te había confiado, y justo es que recojas ahora el premio de todos tus trabajos, sacrificios y afanes.

Por lo que toca á tus amigos y hermanos que te hemos sobrevivido, conocemos ya cuál es nuestro deber, y lo sabremos cumplir. No se borrará de nosotros la impresión que nos dejó el ejemplo de tu vida. Apagáronse en nuestro Centro los últimos ecos de tu voz, pero la memoria de tus hechos subsistirá en la mente de todos tus admiradores, y si tú, juntamente con nuestro dignísimo hermano, el Presidente actual de la Rama Madrileña, imprimiste el impulso primero á nuestra santa Causa, nosotros, animados con el recuerdo de toda tu vida, nos sentimos con alientos bastantes para proseguir felizmente la obra por ti iniciada, y con suficiente valor para luchar denodadamente contra todos los obstáculos que nos presenten los enemigos de la Evolución y del Progreso, ideales sublimes que, condensados en el faro brillantísimo de la Teosofía, guiarán nuestros pasos en el sendero de la existencia.

Sí; quédese enhorabuena el obscurantismo con un cadáver más, con la envoltura grosera y material de Montolíu, destinada á consumirse y volver á la tierra de la cual surgió; mientras que entre los verdaderos teosofistas queda vivo é indeleble el recuerdo de sus virtudes, de su laboriosidad, de su abnegación, en una palabra, su espíritu que vive entre nosotros; y será un timbre de gloria inmarcesible para la Rama barcelonesa de la Sociedad Teosófica el poder llevar, como lleva, el honroso nombre de RAMA «MONTOLÍU.»

J. ROVIRALTA BORRELL.
M. T. S.

CONSTITUCIÓN SEPTENARIA DEL HOMBRE

POR

MRS. ANNIE BESANT, M. S. T.

(CONTINUACIÓN)

El Manas Superior

El Pensador inmortal, como ya habrá comprendido el lector, no puede manifestarse sino muy poco en el plano físico, durante el estado actual de la evolución humana. Sin embargo, podemos obtener vislumbres de los poderes que en él residen, tanto más, cuanto que encontramos esos poderes, «aprisionados y limitados», es verdad, pero, sin embargo, existentes en el Manas Inferior. Así hemos visto ya que el Manas Inferior es «el órgano del libre albedrío en el hombre físico.» El Libre Albedrío reside en el Manas mismo, en el Manas, el hijo de Mahat, la Mente universal. Del Manas procede el sentimiento de libertad, el conocimiento de que podemos gobernarnos á nosotros mismos; en realidad el conocimiento de que nuestra naturaleza superior puede dirigir á la inferior, por más que ésta se rebele y resista. Una vez que nuestra conciencia se identifica con Manas en vez de Kama, la naturaleza inferior se convierte en un animal sobre el que cabalgamos, dejando de ser el Yo. Todas sus defensas y todos sus esfuerzos para dominar, tienen lugar entonces fuera de nosotros, no en nosotros, y acabamos por enfrenarlo y sujetarlo, como enfrenamos y reducimos á nuestra voluntad un fiero corcel.

Sobre esta cuestión del libre albedrío citaré lo que sigue de un artículo mío que apareció en el *Path*:

«La Voluntad no condicionada es la única que puede ser absolutamente libre; lo no condicionado y lo absoluto son uno: todo lo que es condicionado, tiene que ser relativo por virtud de esta misma condicion, y por tanto, limitado en parte. Como esta voluntad produce el Universo, viene á ser condicionada por las leyes de su propia manifestación. Las entidades Manásicas son diferenciaciones de esta Voluntad, condicionadas todas por la naturaleza de su potencia de manifestación; pero á la vez que condicionadas exteriormente, son libres dentro de su propia esfera de actividad, siendo así la imagen, en su mundo propio, de la Voluntad Universal en el Universo. Ahora bien; como esta Voluntad, obrando en cada plano sucesivo, se cristaliza más y más densamente como materia, la manifestación está condicionada por el material sobre que actúa, mientras que relativamente al material es libre. De este modo la libertad interna aparece en la conciencia en cada estado de la evolución; mientras que por otro lado, la investigación enseña que esta libertad funciona dentro de los límites del plano de manifestación en que actúa. Es dueña de influir sobre el plano inferior, si bien está restringida en cuanto á su manifestación, por la manera conque dicho plano inferior responde á sus impulsos. Así el Manas Superior, en quien reside el Libre Albedrío por lo que respecta al Cuaternario Inferior, siendo el hijo de Mahat, el tercer Logos, la Palabra, esto es la Voluntad en manifestación, está coartado en su acción, dentro de nuestra naturaleza inferior, por la pereza de la personalidad en responder á sus impulsos. En el mismo Manas Inferior sumergido en esta personalidad, reside la voluntad que nos es familiar, dominada por las pasiones, por los apetitos, por los deseos, por las impresiones que vienen de afue-

ra; pero, sin embargo, es capaz de afirmarse á sí mismo en medio de todo, por virtud de su naturaleza esencial, pues es uno con el Ego Superior de quien es el Rayo. Es libre en relación á todo lo que le es inferior; puede actuar sobre Kama y sobre el cuerpo físico por mucha estorsión é impedimento que sufra su completa expresión á causa de la rudeza del material sobre que opera. Si la Voluntad fuese mero producto del cuerpo físico, de los deseos y de las pasiones, ¿de dónde provendría el sentimiento del «Yo» que puede juzgar, decidir y vencer? Ella actúa desde un plano más elevado; es regia, en lo que toca al inferior, siempre que reclama los derechos de su real estirpe; y la misma lucha para afirmarse á sí misma es el mejor testimonio de que es libre por naturaleza. Y así pasando á planos inferiores, encontramos en cada grado la libertad correspondiente á los superiores, gobernando los inferiores, pero, sin embargo, cohibida su manifestación en éstos. Si trocamos el procedimiento y partimos de abajo arriba, la misma verdad se manifiesta. Cargad de cadenas los miembros de un hombre, y el duro hierro será un impedimento para la manifestación de la fuerza muscular y nerviosa de que aquellos están dotados; no por eso dejaría de existir la fuerza; sólo si está coartada su actividad en aquel momento. La fuerza puede mostrarse en los mismos esfuerzos que hace para romper las cadenas que la cohiben; no hay poder en el hierro para poner trabas á la libre afirmación de la energía muscular, aunque el fenómeno de la moción sea impedido. Pero aun cuando la energía de que tratábamos no pueda ser gobernada por la naturaleza física que le es inferior, su consumo está determinado por el principio Kámico, y las pasiones y deseos pueden impulsarla, dirigirla y ponerla trabas. La energía nerviosa y muscular no puede gobernar las pasiones y deseos, que son libres por lo que á ella se refiere, siendo esta determinada por su intervención. Pero Kama puede á su vez ser dirigido, enfrenado y determinado por la Voluntad; con relación al principio Manásico está sujeto, no es libre; y de aquí el sentimiento de libertad al escoger el deseo que ha de ser satisfecho ó el acto que ha de ser ejecutado. Como el Manas Inferior gobierna á Kama, el Cuaternario Inferior toma su debida posición de instrumento de la Triada Superior, siendo determinado por una voluntad que reconoce como superior, y que es libre por lo que á él respecta. Aquí se le ocurrirá preguntar á muchos: «¿Y en cuanto á la Voluntad del Manas Superior, es á su vez determinada por lo que está encima de ella, así como es libre respecto á lo que está por debajo? Pero hemos llegado á un punto en donde la inteligencia nos falta y en donde la lengua no expresa fácilmente lo que el espíritu siente en tan elevadas alturas. Sólo de una manera confusa podemos darnos cuenta de que allí, como en todas partes, la verdadera libertad tiene que estar en armonía con la ley, y que la cordial aceptación del papel de actuar como canal de la Voluntad Universal, debe unir en uno la perfecta libertad y la perfecta obediencia.

Este es verdaderamente un problema obscuro y difícil; pero el estudiante encontrará mucha luz en él, meditando sobre los conceptos antes expresados.

Otro de los poderes pertenecientes al Manas Superior, y que se manifiesta en los planos inferiores, en aquellas personas en quienes el Manas Superior domina conscientemente, es el de la creación de formas por medio de la voluntad. La Doctrina Secreta lo llama Kriyasakti. El misterioso poder del pensamiento, en virtud del cual produce resultados externos perceptibles por su propia inherente energía. Los antiguos sostenían que *cualquiera idea se puede manifestar exteriormente, si la atención se concentra profundamente en ella; asimismo una determinación intensa de la voluntad puede ser seguida por los resultados que se apetecen.* (Vol. I, pág. 293). Este es el secreto de toda verdadera «Magia;» y como el asunto es importante y la Ciencia Occidental está empezando á tocar sus límites, consagraré más adelante una sección separada á su consideración, para no romper, por ahora, la continuidad del bosquejo dado aquí sobre los Principios.

También nos enseñó H. P. Blavastky, que

Manas ó el Ego Superior, como «parte de la Esencia de la *Mente Universal*, es incondicionalmente omnisciente en su propio plano» y que «es el vehículo de todo conocimiento del pasado, del presente y del futuro.» Cuando esta entidad inmortal puede por medio de su Rayo, el Manas Inferior, influir en el cerebro de un hombre, este hombre manifiesta cualidades anormales; es un genio ó un profeta. Las condiciones del don profético están establecidas como sigue:

Las primeras (las visiones del verdadero profeta), pueden obtenerse por uno de estos dos medios: (A) con la condición de paralizar á voluntad la *memoria* y la acción independiente é intuitiva de todos los órganos materiales y aún de las celdas del cuerpo, acto que es fácil cuando la luz del Ego Superior ha consumido y subyugado para siempre la naturaleza pasional del Ego inferior, lo cual supone un Adepto; y (B) ser la reencarnación de uno que en su vida anterior haya llegado al estado de Santidad del Yogi, por medio de una extremada pureza y de esfuerzos hechos en la verdadera dirección. Existe también una tercera posibilidad de alcanzar en místicas visiones el plano del Manas Superior; pero es casual y no depende de la voluntad del vidente, sino de la debilidad extrema y del estado de aniquilamiento del cuerpo material por causa de enfermedades y sufrimientos. La vidente del Prevorst fué un ejemplo de esta última especie; y Jacob Boehme de la segunda categoría. (*Lucifer*, Noviembre 1890, página 183).

El lector estará ahora en disposición de hacerse cargo de la diferencia que existe entre las funciones del Ego Superior y las de su Rayo. El genio, que ve en lugar de argumentar, pertenece al Ego Superior; la verdadera Intuición es una de sus facultades. La razón, la cualidad de pensar y de considerar, que coordina los hechos reunidos por la observación, que compara los unos con los otros, que hace deducciones y saca las consecuencias ó conclusiones, representa el ejercicio del Manas Inferior por medio del aparato cerebral; su instrumento es el raciocinio; por inducción sube de lo conocido á lo desconocido, construyendo hipótesis; y por deducción, desciende después á lo conocido, comprobando sus hipótesis por nuevos experimentos.

La intuición, como se ve por su etimología, es simplemente visión interna, un procedimiento tan directo y rápido como la visión corporal. Es el ejercicio de los ojos de la inteligencia, el reconocimiento infalible de una verdad presente en el plano mental. Ve con certeza, su visión es clara y da sus referencias sin vacilaciones. No puede añadirse prueba alguna á la certidumbre de su conocimiento, pues va más allá de la razón y está por encima de ella. A menudo nuestros instintos ciegos y confusos por causa de las pasiones y deseos, son mal llamados intuiciones, y un mero impulso kámico se considera como la sublime voz del Manas Superior. Es necesario un aprendizaje largo y cuidadoso, antes de que esta voz pueda ser reconocida con certeza; pero de una cosa podemos estar completamente seguros: de que mientras estemos dentro del torbellino de la personalidad; mientras que la tempestad de los apetitos y deseos ruja alrededor nuestro; mientras que seamos juguete de las emociones, la voz del Manas Superior no podrá llegar á nuestros oídos. El mandato del Ego Superior no viene en el fuego ni en el torbellino, ni en el trueno ni en la tempestad; únicamente cuando reina la calma de un silencio que puede oirse, cuando el aire mismo está inmóvil y el reposo es profundo, cuando el hombre envuelve su cabeza con un manto que cierre sus oídos aun para el silencio terrestre, solamente entonces suena la voz que es más tranquila que el silencio, la voz de su verdadero Yo.

Sobre esto ha escrito H. P. Blavastky lo siguiente, en *Isis sin Velo*.

«Aliada con la mitad de la naturaleza física del Hombre está la razón que le permite mantener su supremacía sobre los animales inferiores y subyugar la naturaleza á sus usos. Aliada á la parte espiritual está su conciencia, que le sirve de infalible guía en medio de los escollos de los sentidos, pues la conciencia es aquella percepción instantánea del bien y el mal que solamente puede venir del espíritu, el cual, siendo una parte

de la Sabiduría y Pureza Divinas, es absolutamente puro y sabio. Sus impulsos son independientes de la razón, y solamente pueden manifestarse de una manera clara, cuando no están cohibidos por las bajas atracciones de nuestra naturaleza dual. Siendo la razón una facultad de nuestro cerebro físico, que se define justamente, como la que deduce consecuencias de premisas, y dependiendo por completo de la evidencia de los sentidos, no puede ser una cualidad perteneciente á nuestro divino espíritu. Este último sabe: de aquí que todo razonamiento que implique debate y argumentación, sería inútil. Si tal entidad debe mirarse como emanación directa del Eterno Espíritu de Sabiduría, tiene que ser también considerada como poseedora de los atributos propios de la esencia ó del todo de que forma parte. Por esto, los antiguos Teurgos sostenían con cierta lógica, que la parte racional del alma humana (espíritu) nunca entraba completamente en el cuerpo del hombre, sino que le daba más ó menos sombra por medio del alma irracional ó astral, que sirve como un agente intermediario ó medium entre el espíritu y el cuerpo. El hombre que ha vencido la materia lo suficiente para recibir la luz directa de su resplandeciente *Augoeides*, percibe la verdad intuitivamente, y no podría errar en sus juicios, á pesar de todos los sofismas sugeridos por la fría razón, porque está *Iluminado*. De aquí que las profecías y vaticinios y las llamadas inspiraciones divinas, sean simplemente los efectos de esta iluminación, proyectada desde lo alto por nuestro propio espíritu inmortal.» (Vol. I, págs. 305-306).

Este *Augoeides*, según la creencia de los Neo-Platónicos, y según las enseñanzas Teosóficas, «lanza sus reflejos sobre el hombre interno ó alma astral», (íd. pág. 315), ó según la terminología ahora aceptada, sobre la personalidad Kama-Manásica ó Ego Inferior. (Al leer *Isis sin Velo*, debe tener en cuenta el estudiante, que cuando se escribió el libro, la terminología no estaba ni con mucho terminada, ni siquiera como lo está ahora; en *Isis sin Velo* está el primer ensayo moderno de traducción en lenguas occidentales de las complicadas ideas orientales; y la experiencia ha demostrado que muchos de los términos que se usaban para determinar dos y tres conceptos, pueden ser reducidos á uno sólo, haciéndose así precisos. Así es como «Alma Astral» debe de comprenderse en el sentido arriba expresado). Solamente cuando este Ego Inferior llega á estar puro de todo aliento de pasión, cuando el Manas Inferior se liberta de Kama, es cuando puede el *Resplandeciente* hacer impresión en él; H. P. Blavastky nos dice cómo los Iniciados se encuentran cara á cara con su Ego Superior. Después de hablar de la Trinidad en el hombre, *Alma-Buddhi-Manas*, continúa: «Cuando esta Trinidad, anticipándose á la unión final y triunfante más allá de las puertas de la muerte corporal, se convierte en Unidad por algunos segundos, permite al candidato en el momento de la iniciación, contemplar á su Yo futuro. Así se habla en el *Desatir* Persa del «Uno Resplandeciente;» en los filósofos iniciados griegos del *Augoeides*, visión beatífica que brilla por sí misma y reside en la luz pura; y en Porfirio, que dice que Plotino se unió á su «dios» seis veces durante su vida, y así sucesivamente.» (*Isis sin Velo*, vol. II, págs. 114, 115.)

Esta Trinidad constituida en unidad, es el «Cristo» de todos los místicos. Cuando en la iniciación final se tiende al candidato en el suelo ó altar de piedra, simbolizando así la crucifixión de la carne ó naturaleza inferior, y cuando se «ha vuelto á levantar» de esta «muerte» como conquistador triunfante sobre pecado y muerte, entonces, en el supremo momento, ve delante de sí la Presencia gloriosa y se convierte en «uno con Cristo», es Cristo mismo. En adelante puede vivir en el cuerpo, que se ha hecho su instrumento obediente; se halla unido con su verdadero Yo, el Ego Superior, unido á Atma-Buddhi, y por medio de la personalidad en que habita, maneja en toda su plenitud sus poderes, como inteligencia inmortal espiritual. Mientras que permaneció luchando en las redes de la naturaleza inferior, Cristo, el Ego Espiritual, fué crucificado diariamente en él; pero en el Adepto completo Cristo se ha levantado triun-

fante, dueño de si mismo y de la naturaleza. La larga peregrinación del Manas Superior se ha concluído; el ciclo de necesidad ha sido hollado; la rueda del renacimiento ha cesado de dar vueltas; el Hijo del Hombre se ha hecho perfecto por el sufrimiento.

Hasta que este punto no sea alcanzado, «el Cristo» es el objeto de toda aspiración elevada. El Rayo luchará siempre para volver á su fuente; y Manas Inferior aspirará constantemente para volver á ser uno con el Superior. Mientras persista esta dualidad, la continua aspiración hacia la reunión que sienten las más puras y elevadas naturalezas, es uno de los hechos más salientes que demuestran la vida interna, siendo esta aspiración la que toma la forma de oración, de aspiración espiritual, de «deseo hacia Dios» y de anhelo por la unión con lo divino. «Mi alma está sedienta de Dios, de Dios vivo» exclama el cristiano ansioso; y decirle que este intenso anhelo es fútil é ilusorio, es obligarlo á alejarse de quien considera incapaz de comprender; pero cuya insensibilidad no altera la realidad. El Ocultista reconoce en esta exclamación el impulso inextinguible del Yo Inferior hacia el Superior del que está separado, pero cuya atracción siente de una manera vívida. Que la persona ore dirigiéndose á Buddha, á Vishnu, á Cristo, á la Virgen ó al Padre, nada importa; estas son meras diferencias de dialecto y no de hechos esenciales. En todos, el objeto real es Manas unido á Atma-Buddhi, velado por los nombres que las vicisitudes del tiempo ó de la raza puedan darle; es á la vez la *Humanidad Ideal* y el «Dios Personal», el «Dios Hombre», que mencionan todas las religiones, el «Dios encarnado», el «Verbo hecho carne», el «Cristo» que nacerá en cada cual y con quien el creyente debe fundirse en uno.

Todo esto nos conduce á los últimos planos, á los planos del Espíritu, usando de esta palabra de la que tanto se abusa, solo en el sentido de polo opuesto á la materia: aquí únicamente podemos concebir ideas generales, pero no por eso es menos necesario tratar de asimilárnoslas, si queremos llegar á completar, aunque sea de un modo deficiente, nuestro concepto del hombre.

(Se continuará.)

¿Ciencia Oculta ó Exacta?

(CONCLUSIÓN.)

Aceptado tal estado de cosas para la rutina diaria de la vida—aun cuando lo que concierne á las más altas aspiraciones de la humanidad no vivirá según creemos mucho tiempo más—¿qué podemos nosotros hacer sino mirar hacia adelante con la esperanza de un porvenir mejor? Mientras tanto, no debemos desanimarnos nunca, pues si el materialismo que ha despoblado el cielo y los elementos y ha preferido hacer del Kosmos ilimitado una tumba lóbrega y estrecha, en lugar de una mansión eterna, rehusa toda relación con nosotros, no podemos hacer otra cosa más que abandonarlo á sí mismo.

Por desgracia esto no es eficaz. Nadie habla tanto como los materialistas, de la exactitud de las observaciones científicas, del debido uso de los sentidos y de la razón completamente libre de todo prejuicio. No obstante, tan pronto como se reclama el mismo derecho en favor del fenómeno, por alguno que lo ha investigado con este mismo espíritu de imparcialidad y de justicia, su testimonio deja de tener valor.

«Sin embargo; si semejante número de inteligencias científicas», dice el profesor Butlerof, «acostumbradas por años de práctica á la más minuciosa observación y determinación, atestiguan ciertos hechos, entonces hay una improbabilidad *prima facie* de que se

equivoquen todos». «Pero se *han equivocado* y de la manera más ridícula», contestan sus adversarios, y esta vez estamos de acuerdo con ellos.

Esto nos hace recordar un antiguo axioma de la filosofía esotérica: «*nada que no exista en alguna parte, ya sea en el Cosmos visible ó en el invisible,* puede ser producido artificialmente, ni tan siquiera por el pensamiento humano.»

«¿Qué tontería es esa?»—exclamó un Teosofista discutidor cuando la oyó pronunciar. «Suponed que pienso en una torre viviente con habitaciones y que tenga una cabeza humana, y que se acerque á mí y me hable—¿puede haber tal cosa en el Universo?

«O loros empollados en almendras»—exclamó otro escéptico. ¿Por qué no? fué la contestación; por supuesto no en esta tierra. ¿Pero cómo podemos saber que no hay tales seres como el que usted describe—cuerpos como torres con cabezas humanas—en algún otro planeta? La imaginación no es otra cosa más que la memoria de nacimientos anteriores—nos dice Pitágoras. Usted mismo ha podido ser ese «hombre torre» sin saberlo, conteniendo habitaciones en las cuales encontrase abrigo su familia, como los pequeñuelos del Kanguró. En cuanto á los loros empollados en almendras—nadie puede jurar que no haya habido tal cosa en la Naturaleza, en los tiempos remotos, cuando la evolución produjo monstruos mucho más extraordinarios. Un pájaro saliendo del fruto de un árbol, es quizás una de aquellas innumerables palabras de la Naturaleza, proferidas por la evolución en edades tan remotas, que los últimos susurros de sus ecos se perdieron en el fragor del Diluvio. «El mineral se convierte en planta, la planta en animal y el animal en hombre», etcétera, dicen los kabalistas.

Y ya que hablamos del testimonio de los sentidos y de la confianza en ellos, diremos que hasta los más elevados hombres de ciencia han sido inducidos, no sólo á decir tales cosas, sino á enseñarlas como *hechos científicos—á lo que parece.*

¿Cuándo sucedió eso?—preguntó el incrédulo. —«No hace tanto tiempo, después de todo; unos doscientos ochenta años, y en Inglaterra.» La extraña creencia de que había una especie de ave marina que se empollaba en un fruto, no se limitaba á fines del mismo siglo XVI, tan sólo á los habitantes de las ciudades marítimas. Hubo un tiempo en que la mayoría de los hombres de ciencia creían firmemente que era un hecho, y por tanto lo enseñaban como tal. Ciertos árboles que crecen á orillas del mar—una especie de magnolia—con sus ramas generalmente sumergidas en el agua, tenían frutos, según se aseguraba, que se transformaban gradualmente por la acción del agua salada en una especie de formación crustácea de la cual salía, á su debido tiempo, un ave marina viva, conocida en la antigua Historia Natural como «el ganso-bernicla.»

Algunos materialistas aceptaban la cosa como un hecho innegable. Lo observaron é investigaron por algunos años, y «el descubrimiento fué aceptado y aprobado por las más grandes autoridades de la época, y publicado bajo los auspicios de una sociedad científica.» Uno de estos creyentes en el «ganso-bernicla» era John Gerard, botánico que notificó al mundo el asombroso fenómeno en una obra erudita publicada en 1596. Describe aquél y lo declara *un hecho por el testimonio de sus propios sentidos.* «Él mismo lo vió», dice «tocó el fruto-huevo día tras día», observó personalmente su crecimiento y desarrollo, y tuvo la suerte de presenciar el nacimiento de un ave de esta especie. Vió primeramente las patas del pollo saliendo de la cáscara rota, y después todo el cuerpo del pequeño «ganso-bernicla» que principió en seguida á nadar (1). Tan convencido estaba el botánico de la verdad de la cosa, que termina su descripción invitando á los que dudasen de la verdad de lo que él había visto, á venir á verle á él, John Gerard, y entonces haría que fuesen testigos presenciales de todo el proceso de formación. Roberto Murray, otro *sabio* inglés, y una autoridad en su época, afirma la verdad de la transformación

(1) De las *Cartas Científicas.*—Carta XXIV. Contra el Testimonio Científico en la cuestión del fenómeno.

que él también presenció personalmente (1). Otros hombres de ciencia, contemporáneos de Gerard y Murray, como Funck, Aldrovandi, y muchos otros, participaban de esta convicción (2). Así, pues, ¿qué os parece este ganso-bernicla?

Ahora bien: yo lo llamaría mejor «ganso Gerard-Murray. Y no hay motivo para reirse de los errores de aquellos científicos nacientes. Antes de doscientos años tendrán nuestros descendientes motivos mucho mayores para burlarse de las presentes generaciones de M. S. R. (3) y de sus partidarios. Sin embargo, el adversario del fenómeno que cita el caso del «ganso-bernicla» tiene mucha razón en este punto; sólo que este ejemplo tiene, por supuesto, dos filos, y cuando uno lo presenta como prueba de que hasta las autoridades científicas que creen en el espiritismo y en los fenómenos, pueden haberse equivocado burdamente con toda su observación y práctica científica, se puede volver el arma, usándola de otro modo: como una evidencia, de la misma fuerza, de que ningún «ingenio» ni medio alguno científico, puede probar que un fenómeno, «sea fraude y credulidad» cuando el testigo presencial que lo vió lo conoce, por lo menos, como un hecho. Esto sólo prueba que, hasta el testimonio de los sentidos científicos más prácticos y el de los poderes de observación más desarrollados, pueden fallar como los de cualquier mortal, principalmente en los casos en que se quiere refutar el fenómeno. Hasta la misma observación colectiva no tendria valor cuando se trata de un fenómeno de un plano de existencia, llamado por algunos hombres de ciencia (de una manera impropia en su caso), la cuarta dimensión del espacio; y cuando á otros que lo investigan les falta el *sexto sentido* para comprenderlo.

En una discusión literaria que tuvo lugar hace algunos años, entre dos profesores eminentes, se dijo mucho sobre esta famosa cuarta dimensión. Uno de ellos decía á sus lectores que á la vez que sólo aceptaba la posibilidad de las «ciencias naturales terrestres,» esto es, la ciencia directa ó inductiva, «ó la investigación exacta de solo aquellos fenómenos que tienen lugar en nuestras *condiciones terrestres de espacio y de tiempo,*» nunca se permitiría pasar por alto las posibilidades del futuro. «Recordaré á mis colegas,» añade el profesor espiritista, «que nuestras deducciones de lo que se ha adquirido ya por medio de la investigación, tienen que ir mucho más allá que nuestros sentidos de percepción. Los límites del conocimiento sensible tienen que estar sujetos á una ampliación constante, y más todavía los de la deducción. ¿Quién se atrevería á marcar los límites del futuro?..... existiendo en un espacio de tres dimensiones, sólo podemos dirigir nuestras investigaciones y hacer nuestras observaciones sobre lo que tiene lugar en estas tres dimensiones. Pero, ¿puede esto impedirnos creer en un espacio de más elevadas dimensiones, y construir una geometría correspondiente?..... Dejando, por ahora, á un lado la realidad de un espacio con cuarta dimensión, podemos, sin embargo..... seguir adelante observando por si se encontrase un fenómeno que sólo pudiese explicarse por la hipótesis de la cuarta dimensión.» En otras palabras: «debemos asegurarnos de si algo que pertenezca á las regiones de la cuarta dimensión, puede manifestarse en nuestro mundo de tres dimensiones..... puede reflejarse en él.»

El Ocultista contestaría que nuestros sentidos no sólo pueden penetrar en el mundo de la cuarta dimensión, sino también en el de la quinta y la sexta, pero que tienen que *espiritualizarse* lo suficiente para ello, siendo solamente nuestro sentido interno el que puede convertirse en el medium de esta transmisión.

(1) Habla de esta transformación en las siguientes palabras traducidas del latín: En cada concha (ó cáscara) que yo abría después de la transformación de los frutos de las ramas en cáscaras, encontraba la pintura exacta en miniatura del ave marina: un pequeño pico como el de un ganso, y ojos muy marcados; la cabeza, el cuello, el pecho, las alas y las patas ya formadas, con plumas de color obscuro muy marcadas en la cola, etc., etc.

(2) Es evidente que esta idea estaba muy generalizada en la última mitad del siglo XVII, puesto que encontró un lugar en Hudibras, que era un exacto reflejo de las opiniones de la época.

«Lo mismo que las berniclas se convierten
En las islas de las Orcadas»

(3) Miembros de la Sociedad Real (Académicos) inglesa.—N del T.

Así como «la proyección de un objeto que existe en un espacio de tres dimensiones puede hacerse aparecer en la superficie plana de una pantalla de solo dos dimensiones, del mismo modo los seres y cosas de cuatro dimensiones pueden ser *reflejados* en nuestro mundo de materia grosera de tres dimensiones. Pero como se necesitaría un físico muy hábil para hacer creer á su auditorio que las cosas, «reales como la vida,» que viese en esta pantalla, no eran sombras, sino realidades, asimismo sería necesario uno más sabio que cualquiera de nosotros, para persuadir á un hombre de ciencia—no hablemos de muchos—que lo que él ve reflejado en nuestra «pantalla» de tres dimensiones, puede ser á veces, y bajo ciertas condiciones, un verdadero fenómeno reflejado y producido por «poderes de cuarta dimensión» para su particular diversión y al objeto de convencerle. «Nada es tan falso en apariencia como la verdad desnuda»—es un adagio kabalista;—«la verdad es á menudo más extraordinaria que la ficción»—es un axioma bien conocido.

Se necesita ser algo más que un hombre de ciencia moderna para demostrar una posibilidad tal como la de la mutua relación entre los dos mundos—el visible y el invisible.—Se necesita una inteligencia altamente espiritual ó sumamente impresionable para descifrar y distinguir intuitivamente lo verdadero de lo falso; la pantalla natural de la artificial. Sin embargo, nuestra época es reaccionaria y está incrustada en el mismo fin de la baraunda cíclica, ó lo que queda de ella, y esto explica la afluencia de los fenómenos así como la ceguera de cierta gente.

¿Qué contesta la ciencia materialista á la teoría idealista de un espacio de cuatro dimensiones? «¡Cómo!» exclama; «¿se quiere que nosotros, mientras estemos circunscriptos dentro del infranqueable círculo de un espacio de tres dimensiones, pensemos siquiera en un espacio de dimensiones superiores? Pero, ¿cómo es posible que se crea en una cosa de la cual el pensamiento humano no puede imaginarse nunca ni aún el bosquejo más confuso? Se necesitaría un sér muy diferente del hombre; estar dotado de un organismo físico completamente distinto; en una palabra: no ser un hombre, para poderse representar en el pensamiento un espacio de cuatro dimensiones, una cosa que sea ancha, larga, de espesor y... ¿qué más?»

Ciertamente; «¿qué más?»—Pues ninguno de los hombres de ciencia que abogan por él, quizás tan sólo porque son espiritistas y desean explicar el fenómeno por medio de este espacio, parece saberlo. ¿Es el «paso de la materia por medio de la materia?» Entonces, ¿por qué insisten en que es un «espacio» cuando es simplemente otro *plano de existencia*?—A lo menos esto es lo que debe significarse con ello, si es que significa algo. Nosotros los ocultistas decimos y sostenemos que si se necesita un nombre para satisfacer los conceptos materiales de los hombres en nuestro plano inferior, que lo llamen por su nombre indo *Mahas*, (ó Mahaloka), el cuarto mundo del septenario superior que corresponde á *Rasatala* (el cuarto de la cadena septenaria de mundos inferiores;—los catorce mundos que «surgieron de los elementos quintuplicados;»—pues estos dos mundos rodean, por decirlo así, nuestro presente mundo de la cuarta ronda. Cualquier indo comprenderá lo que esto significa. *Mahas* es un mundo superior, ó más bien un plano de existencia; lo mismo que aquel plano, á que pertenece la hormiga, de que hemos hablado, es quizás uno de los inferiores de las cadenas septenarias inferiores. Y si lo llamaran así, tendrían razón.

A la verdad, se habla de este espacio de cuatro dimensiones como si fuera una localidad; una esfera en lugar de ser lo que es—un estado de ser completamente distinto.—Desde que fué resucitado en la mente de las gentes por el profesor Zöllner, ha acarreado confusiones sin fin. ¿Cómo sucedió? Pues por medio de un análisis matemático abstruso; un hombre de ciencia, de mente espiritual, llegó á la conclusión de que nuestro concepto del espacio puede no ser infalible, ni tampoco está probado de un modo absoluto, que además de nuestros cálculos de un espacio de tres dimensiones sea matemáticamente imposible que haya espacio de mayores ó menores

dimensiones en el Universo. Pero, según lo expresó muy bien un excéptico— «la confesión de la existencia posible de espacios de dimensiones diferentes al nuestro, no nos proporciona (á los grandes matemáticos) el menor concepto de lo que son verdaderamente tales dimensiones. El aceptar un espacio superior de «cuatro dimensiones, es lo mismo que aceptar el infinito; semejante aceptación no nos ayuda en lo más mínimo á imaginarnos lo que puede ser.....; todo lo que sabemos de esos espacios superiores, es que no tienen nada de común con nuestro concepto del espacio.» *(Cartas Científicas)*.

«*Nuestro* concepto» significa, por supuesto, el concepto de la ciencia *materialista*, dejando de este modo ancho margen para otras mentes menos científicas, bien que más espirituales.

Para demostrar la completa imposibilidad de conseguir que una mente materialista compruebe, ó siquiera conciba de la manera más remota y hasta confusa, la presencia, en nuestro mundo de tres dimensiones, de otros planos de ser superiores, puedo citar algo de las interesantísimas objeciones de uno de los dos sabios contrincantes (1) mencionados, respecto á este «espacio.»

Pregunta: «¿Es posible que se dé como explicación de ciertos fenómenos, la acción de un factor semejante, del cual nada sabemos de cierto, y de cuya naturaleza y facultades estamos ignorantes?»

Quizás exista quien *sepa* algo; quien no sea tan ignorante. Si se acudiese á un ocultista diría: «No; pues la ciencia física *exacta* tendría que rechazar su misma manera de ser, tendría que hacerse *metafísica*. No se puede analizar tales fenómenos, ni por tanto, explicarlos por medio de datos biológicos, ni siquiera fisiológicos. Sin embargo, pudiera hacerse inductivamente, como sucede, por ejemplo, con la *Gravitación*, de la cual no sabéis más que sus efectos en cuanto son observados en nuestra tierra de tres dimensiones.»

Además, se dice por los defensores de la teoría: 1.°, que vivimos *incondicionalmente* en nuestro espacio de tres dimensiones; «quizás *(incondicionalmente)* por lo mismo que no podemes comprender otro, y que somos en absoluto incapaces, debido á nuestro organismo, de comprenderlo de otro modo que con las tres dimensiones.»

2.° En otras palabras. «Ni siquiera nuestro espacio de tres dimensiones es algo *que exista independientemente*, sino que sólo representa el producto de nuestro entendimiento y de nuestros conceptos.»

A la primera declaración, el Ocultismo contesta que, aquellos «que son incapaces de comprender ningún otro espacio que el de tres dimensiones, harán bien en no ocuparse de los demás. Pero no es «debido á nuestro organismo (humano),» sino sólo á la organización intelectual de los que no pueden concebir ningún otro; á organismos sin desarrollo espiritual, ni tan siquiera mental, en la debida dirección. A la segunda declaración contestaría, que el «impugnador» está completamente equivocado en la primera parte de su sentencia, así como está por completo en lo firme en la última. Pues aun cuando la «cuarta dimensión» – si debemos llamarla así —no existe más *independiente* de nuestros conceptos y sentidos que nuestro *imaginado* espacio de tres dimensiones, ni como localidad, sin embargo, *es* y existe para los seres evolucionados y nacidos en él como «producto de su entendimiento y de *sus* conceptos.» La naturaleza nunca traza líneas de demarcación demasiado rigurosas; jamás construye barreras infranqueables, y sus «vacíos» sin puentes existen tan sólo en los conceptos limitados de ciertos naturalistas. Los dos (y más) «espacios» ó planos de ser están lo suficientemente compenetrados para permitir la comunicación entre aquellos de sus respectivos habitantes, que son capaces de concebir igualmente un plano superior que uno inferior. Puede haber seres anfibios intelectuales, como hay anfibios terrestres.

El impugnador del plano de cuatro dimensiones se queja de que la sección de altas matemáticas, conocida actualmente como

(1) 1883.—*Cartas científicas*, publicadas en el *Nowye Vremya, Sanpetersburg*.

«Metamatemáticas» ó «Metageometría», ha sido maltratada y citada erróneamente por los espiritistas, que «se asieron á ella como á un áncora de salvación». Sus argumentos son, por lo menos, muy curiosos: «En lugar de probar la verdad de sus fenómenos medianímicos,» dice, «se han dedicado á explicarlos bajo la hipótesis de una cuarta dimensión. Si vemos la mano de una Katie King que desaparece en un «espacio desconocido» pues *cuarta* dimensión. Obtenemos nudos en una cuerda cuyos dos extremos están atados y sellados—otra vez la cuarta dimensión. Desde este punto de vista se considera al espacio como algo objetivo. Se cree que realmente hay en la naturaleza espacios de tres, de cuatro y de cinco dimensiones. Pero entonces, por medio del análisis matemático, podríamos llegar de este modo á una serie interminable de *espacios*. No hay más que figurarse lo que sería de la ciencia exacta, si para explicar los fenómenos, se recurriese á tales *espacios* hipotéticos. Si uno fallaba, podríamos evocar otro, y si no otro aún más superior, y así sucesivamente..... »

¡Oh, pobre Kant! Y, sin embargo, se nos dice que uno de sus principios fundamentales era «que nuestro espacio de tres dimensiones no era absoluto; y que hasta con respecto á axiomas tales como los de la Geometría de Euclides, nuestros conocimientos y ciencias sólo pueden ser relativamente exactos y reales.»

Pero, ¿por qué debe creerse que la ciencia está en peligro, sólo porque los espiritistas traten de explicar sus fenómenos en aquel plano? ¿Y de qué otra manera pueden explicar lo que es inexplicable, si lo tratamos de analizar por los conceptos de las tres dimensiones de la ciencia terrestre, si no es por el de las cuatro dimensiones? Ningún hombre cuerdo trataría de explicar el *Dæmon de Sócrates* por la forma de la nariz del gran sabio, ó de atribuir la inspiración de *Light of Asia* al gorro de Mr. Ed. Arnold. ¿Qué sería, á la verdad, de la ciencia, si se dejasen explicar los fenómenos por dicha hipótesis? Nada peor, suponemos, que lo que le sucedió después que la Sociedad Real aceptó la moderna teoría de la *Luz* por la hipótesis de un *Eter* universal. El éter no es menos «el producto de nuestro entendimiento» que lo es el espacio. Y si el uno pudo aceptarse ¿por qué rechazar el otro? ¿Es porque el primero puede ser materializado en nuestro concepto, ó más bien tenía que serlo, puesto que no podía evitarse; y porque el otro siendo inútil como hipótesis al objeto de la ciencia exacta, no se encuentra tan avanzado?

Por lo que respecta á los Ocultistas, están de completo acuerdo con los hombres de ciencia extrictamente ortodoxos, cuando á la oferta hecha de «experimentar y observar si podrían ocurrir fenómenos en nuestro mundo de tres dimensiones, sólo explicables por la hipótesis de un espacio de cuatro dimensiones», contestan lo siguiente:

«Bien. Suponiendo que la observación y el experimento den una contestación satisfactoria sobre la existencia real de un espacio superior de cuatro dimensiones, ó nos resuelva un dilema insoluble por donde quiera que lo consideremos; ¿cómo pueden la observación y los experimentos humanos, posibles tan sólo *incondicionalmente* dentro de los límites de un espacio de tres dimensiones, servirnos como punto de partida para el reconocimiento de fenómenos *que sólo pueden explicarse, admitiendo la existencia de un espacio de cuatro dimensiones?*»

Estas objeciones son muy justas, á lo que creemos; y los espiritistas serían los únicos que saldrían perdiendo, si probasen alguna vez la existencia de tal espacio ó su intervención en sus fenómenos; pues he aquí lo que sucedería. Tan pronto se demostrase; digamos que un anillo pasa por medio de la carne y emigra del brazo del medium al del investigador que tiene cogidas las manos del primero, y también que se trajesen flores y otras cosas materiales á través de las paredes ó de puertas cerradas, y que por lo tanto, la materia puede, por efecto de ciertas condiciones excepcionales, pasar por medio de la materia—tan pronto se persuadiese del hecho la colectividad de los hombres de ciencia, toda la teoría de la acción espiritual y de la intervención inteligente vendría á tierra. El espacio de tres dimensiones no sería tocado, pues

el paso de un sólido por medio de otro no tiene nada que ver con las dimensiones metageométricas, sino que la materia sería probablemente dotada por las sabias corporaciones con una facultad más, y las opiniones materialistas ganarían fuerza con ello. ¿Estaría por eso el mundo más avanzado en la solución del misterio psíquico? ¿Estarían las nobles aspiraciones humanas hacia el conocimiento de la verdad de la existencia espiritual, en aquellos planos del ser que se están confundiendo ahora con el «espacio de cuatro dimensiones», más cerca de una solución, porque la ciencia exacta admita como una ley física la acción de pasar un hombre deliberadamente al través del cuerpo de otro hombre ó al través de una pared de piedra? Las ciencias ocultas nos enseñan que al fin de la Cuarta Raza la materia que evoluciona, progresa y cambia, lo mismo que lo hacemos nosotros, á la vez que los demás reinos de la naturaleza, adquiere un cuarto sentido como igualmente adquirirá uno más en cada nueva raza. Por lo tanto, no hay nada que pueda sorprender á un Ocultista poseído de la idea de que el mundo físico esté desarrollándose y adquiriendo nuevas facultades—una simple modificación de la materia, nueva, á lo que parece para la ciencia, y tan incomprensible como lo era al principio el poder del vapor, de la electricidad, del sonido..... Pero lo que le parece sorprendente es el estancamiento espiritual del mundo intelectual y de los más elevados conocimientos exotéricos.

Sin embargo, nadie puede impedir ni precipitar el progreso más pequeño del ciclo. Pero quizás tenía razón el viejo Tácito al decir: «La Verdad se establece por medio de la investigación y de la tardanza; lo falso prospera por la precipitación.» Vivimos en la época del vapor y de una loca actividad, y la verdad apenas puede esperar ser conocida en este siglo. El Ocultista espera y se somete á su tiempo.

H. P. BLAVATSKY.

MATA el deseo de sensación.

MATA la sed de crecimiento.

SIN embargo, mantente sólo y aislado, porque nada de cuanto tiene cuerpo, nada de cuanto tiene conciencia de la separación, nada de cuanto esté fuera de lo eterno, puede acudir en tu auxilio. Estudia la sensación y obsérvala, porque únicamente así puedes empezar la ciencia del propio conocimiento y colocar el pie en el primer peldaño de la escala.

Crece como la flor, inconscientemente, pero ardiendo en ansias por entreabrir su alma á la brisa. Así es como debes tú facilitar la expansión de tu alma á lo eterno; pero es lo eterno lo que debe desarrollar su fuerza y su belleza, y no el deseo de crecer. Porque en el primer caso floreces en la lozanía de la pureza, y en el otro te endureces con la avasalladora pasión de la importancia personal.

(De la *Luz en el Sendero.*)

¡AUM!

UNA VIDA ENCANTADA

(COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

POR

H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

V

RENACEN LAS DUDAS

Luego sobrevino una reacción tan repentina como mi mismo pesar. Nació en mi mente una duda que luego creció en un deseo furioso de negar la verdad de lo que había visto, y se apoderó de mí una resolución obstinada de tratar todo el asunto como un sueño vano é insubstancial, hijo del excesivo trabajo de mi mente. Sí; no era más que una visión mentirosa, un engaño estúpido de mis sentidos, sugiriéndome cuadros de muerte y de miseria que habían sido evocados por un largo período de incertidumbre y abatimiento mental.

—¿Cómo podía ver en menos de medio minuto todo lo que he visto?— exclamé. La teoría de los sueños, y la rapidez con que son excitados en los ganglios hemisféricos los cambios materiales de que dependen nuestras ideas en las visiones, son suficientes para explicar la larga serie de sucesos que me había parecido experimentar. Sólo en los sueños pueden ser tan completamente aniquiladas las relaciones del tiempo y del espacio. El Yamabooshi no tiene que ver nada en esta desagradable pesadilla. Él recoge lo que yo mismo he sembrado, y usando alguna bebida infernal de la que su secta tiene el secreto, ha conseguido hacerme perder el conocimiento por algunos segundos, y ver esta visión tan horrible como mentirosa. Lejos de mí todos estos pensamientos, no creo en ellos. Dentro de unos días sale un vapor para Europa..... mañana mismo parto.

Este inconveniente monólogo lo pronuncié en voz alta, sin tener en consideración la presencia de mi respetado amigo el Bonzo Tamoora y la del Yamabooshi. Este último permaneció delante de mí en la misma posición que cuando colocó el espejo en mis manos, y continuaba mirándome tranquilamente; debería quizás decir, mirando *dentro* de mí en un silencio lleno de dignidad. El Bonzo, de cuyas bondadosas facciones irradiaba la simpatía, se aproximó á mí como lo hubiera hecho con un niño enfermo, y colocando suavemente su mano en la mía, me dijo con lágrimas en los ojos:

—Amigo, no debéis dejar esta ciudad antes de que hayáis sido purificado de vuestro contacto con los *Daij-Dzins* inferiores (espíritus), cuya intervención ha sido necesaria, para guiar vuestra alma inexperta por los sitios que ansiaba ver. La entrada de vuestro Yo Interno tiene que ser cerrada á estos intrusos peligrosos. No perdáis, pues, tiempo, hijo mío, y permitid al santo Maestro que os purifique en seguida.

Pero nada hay tan sordo como la cólera una vez despierta. «La savia del raciocinio» no podía ya «apagar el fuego de la pasión», y en aquel momento no me hallaba dispuesto á dar oídos á su voz amiga. Es una cara la suya que nunca puedo recordar sin sincero sentimiento; su nombre lo pronuncio siempre con un suspiro de emoción; pero en aquella hora siempre memorable, cuando mis pasiones estaban caldeadas hasta el rojo blanco, sentía casi odio hacia el bondadoso y buen anciano, y no podía perdonarle su ingerencia en el presente suceso. De aquí que por

toda respuesta recibiese de mí una dura reprensión, una protesta violenta de mi parte contra la idea de que yo pudiese nunca considerar la visión que había tenido, bajo ningún otro aspecto que no fuere el de un sueño sin sentido, y su Yamabooshi nada menos que un impostor.

—Partiré mañana aunque esto me cueste toda mi fortuna —exclamé pálido de coraje y desesperación.

—Os arrepentiréis toda vuestra vida, si lo hacéis antes de que el santo varón haya cerrado en vos todas las entradas á los intrusos que están siempre alerta y prontos á entrar por las abiertas puertas; —me contestó. Los *Daij-Dzins* os dominarán.

—Le interrumpí con una risa brutal y con una pregunta, de frases aún más brutales, respecto de la *paga* que tenía que dar al Yamabooshi, por su experimento conmigo.

—No necesita recompensa —respondió.— La orden á que pertenece es la más rica del mundo, puesto que sus miembros nada necesitan, porque están por encima de todos los deseos terrestres y venales. No insultéis al hombre bondadoso que vino á socorreros por pura simpatía ante vuestro sufrimiento, y para libraros de vuestros tormentos mentales.

Pero yo no quería prestar oído á las palabras de razón y sabiduría. El espíritu de rebelión y de orgullo había tomado posesión de mí, y me hacía despreciar todo sentimiento de amistad personal, y hasta de simple decencia. Afortunadamente para mí, al volverme para ordenar al monje mendicante que se alejase de mi presencia, me encontré con que se había marchado.

No le había visto moverse, y atribuí su furtiva desaparición al temor de haber sido descubierto y comprendido.

¡Cuán idiota, cuán estúpido, ciego y presuntuoso era yo! ¿Por qué no reconocí el poder del Yamabooshi, y no ví que la paz de toda mi vida desaparecía con él en aquel momento y para siempre? Pero desgraciadamente fué así..... Hasta el fiero demonio de mis grandes temores—la incertidumbre—fué entonces enteramente dominado por aquel escepticismo infernal, el más necio de todos. Una insana y funesta incredulidad, una tenaz negación de la evidencia de mis propios sentidos, y una voluntad determinada de considerar toda la visión como una fantasía de mi mente desequilibrada, se habían apoderado de mí.

—Mi mente—argüía—¿qué es? ¿Debo creer como los supersticiosos y los débiles, que este compuesto de fósforo y materia, es realmente lo superior en mí, y que puede actuar y ver independientemente de mis sentidos físicos? ¡Nunca! Sería lo mismo creer en las *inteligencias* planetarias del astrólogo, que creer en los *Daij-Dzins* de mi crédulo, aunque bien intencionado amigo, el sacerdote. ¡Sería lo mismo confesar la creencia en Júpiter y en el Sol, en Saturno y en Mercurio, y en que estos beneméritos guían sus esferas y se preocupan de los mortales, que conceder un solo pensamiento de credulidad, á las aéreas no entidadades que suponen haber guiado mi «alma» en su desagradable sueño! Me causa hastío y risa una idea tan absurda. Considero como un insulto personal á los poderes inteligentes y razonadores sensatos del hombre, el hablar de criaturas invisibles, de inteligencias *subjetivas* y de todo este fárrago de locas supersticiones. En resumen; rogué á mi amigo el Bonzo que me ahorrase sus protestas, y con ellas el disgusto de tener que romper con él para siempre.

De este modo desvariaba y argüía yo delante de aquel señor japonés, haciendo todo lo posible para dejar en su ánimo la convicción indeleble de que me había vuelto repentinamente loco. Pero su prudencia admirable superaba á mi cólera estúpida, y una vez más me suplicó, en interés de todo mi porvenir, que me sometiese á ciertos «ritos necesarios de purificación».

—¡Nunca! Preferiría mucho más morar en el aire rarificado hasta la nada por la bomba de aire de la saludable incredulidad, que en la niebla opaca de la necia superstición —repliqué parafraseando la frase de Richter.— No quiero creer—repetí; —pero como no puedo soportar por más tiempo una incertidumbre semejante sobre mi hermana y mi fami-

lia, regresaré á Europa en el primer vapor.

Esta última determinación desconcertó por completo á mi antiguo conocido, y me hice sordo á sus ardientes ruegos de que no partiese antes de ver una vez más al Yamabooshi.

—¡Amigo de tierra extranjera! — exclamó. —Deseo que no tengáis que arrepentiros de vuestro escepticismo y tenacidad. Que el «Santo Uno» (*Kwan-On*, la Diosa de la Misericordia), os proteja contra los Dzins! Pues desde el momento en que rehusáis someteros al procedimiento de purificación en manos del santo Yamabooshi, él es impotente para defenderos contra las malas influencias, evocadas por vuestra incredulidad y desconfianza de la verdad. Pero permitid que en la hora de la separación, os lo ruego, permitid á un anciano que os quiere bien, que os avise una vez más y os persuada de cosas que aún ignoráis. ¿Puedo hablar?

—Continuad y decid lo que queráis—contesté con cierta aspereza.—Pero á mi vez, permitid que os advierta que nada de lo que podéis decirme será bastante, para hacer de mí un creyente en vuestra vergonzosa superstición — añadí con un cruel sentimiento de placer por el innecesario insulto que en ello envolvía.

Pero aquel hombre excelente no hizo caso de este nuevo escarnio, como tampoco lo había hecho de todos los anteriores. Nunca olvidaré la solemne ansiedad de sus últimas palabras, ni su mirada de piedad y remordimiento cuando vió que todo era verdaderamente inútil, y que por causa de su intervención, aunque llena de bondad, no había conseguido otra cosa que conducirme á mi perdición.

—Prestadme atención por última vez, buen señor — insistió. — Sabed que, á menos que á aquel hombre venerable y santo, que para aliviar vuestro dolor abrió la visión de «vuestra alma», le sea permitido completar su obra, vuestra vida futura no valdrá, en verdad, la pena de vivirla. Él tiene que resguardaros contra las repeticiones involuntarias de visiones del mismo carácter. A menos que consintáis en ello voluntariamente, tendréis que ser abandonado al poder de fuerzas que os acosarán y perseguirán hasta el borde de la locura. Sabed que el desarrollo de la «Gran Visión» (clarividencia), que se realiza á *voluntad* solamente por aquellos para quienes la Madre de Misericordia, el gran *Kwan-On*, no tiene secretos, debe obtenerse cuando se trata de principiantes, con la ayuda de los *Dzins* aéreos (espíritus elementales cuya naturaleza no tiene alma, y es, por tanto, perezosa). Sabed, asimismo, que si bien el Arihat, «el destructor del enemigo» que ha sometido y hecho de estas criaturas sus servidores, no tiene nada que temer, aquel que no tiene poder sobre ellas, se hace su esclavo. No, no os riáis en vuestro orgullo é ignorancia; sino oid todavía. Mientras dura la visión, y mientras las percepciones internas se dirigen á los sucesos que buscan, el *Daij-Dzin* tiene completamente en su poder al vidente. Cuando se trata de uno que, como vos, es un profano inexperto, y durante aquel tiempo, *este vidente no es el mismo*, participa de la naturaleza de su «guía». El *Daij-Dzin*, que dirige su vista interna, guarda su alma en vil prisión, convirtiéndola mientras dura tal estado en una criatura como él. Desposeído de su luz divina, el hombre es sólo un ser sin alma, por lo que durante el tiempo de una conexión semejante, no siente emociones humanas, ni piedad, ni temor, ni amor, ni caridad.

—Basta ya—exclamé involuntariamente;—pues estas palabras me hicieron recordar, de una manera vívida, la indiferencia con que en mi «alucinación» había presenciado la desesperación de mi hermana y su pérdida repentina de la razón. — ¡Basta!..... Pero no; sería más que locura en mí el dar la menor importancia á vuestro estúpido relato. Pero si sabíais que el experimento era tan peligroso, ¿por qué me lo habéis aconsejado?—añadí en tono burlón.

—No iba á durar más que unos cuantos segundos, y ningún mal hubiera resultado de ello, si hubiéseis cumplido vuestra promesa de someteros á la purificación—contestóme con una mezcla de humildad y tristeza.—Yo deseaba vuestro bien, amigo mío; y mi cora-

zón se despedazaba al veros sufrir día tras día. El experimento resulta inocente cuando está dirigido por *uno que sabe*, y sólo es peligroso cuando se desatiende esta última precaución. El «Maestro de Visiones,» aquel que ha abierto una entrada en vuestra alma, es quien tiene que cerrarla usando el Sello de la Purificación contra otras deliberadas intrusiones de.....

—¡El «Maestro de Visiones»!—exclamé interrumpiéndole bruscamente; — decid más bien el Maestro de la Impostura.

Fué tan intensa y dolorosa la expresión de pesar que reflejaba su rostro venerable y bondadoso, que al punto advertí que había ido demasiado lejos; pero era ya demasiado tarde.

—¡Adiós, pues!—dijo el anciano Bonzo levantándose; y después de las acostumbradas ceremonias de cortesía, Tamoora dejó la casa en medio de un silencio lleno de dignidad.

VI

PARTO, PERO NO SÓLO

Algunos días después me embarqué, sin haber visto ninguna vez más á mi amigo, el Bonzo. Evidentemente en aquella última, y para mí siempre memorable tarde, se ofendió seriamente con mis observaciones, que, más que impertinentes, eran realmente insultantes, sobre una persona á quien con tanta justicia respetaba. Lo sentí por él, pero la pasión y el orgullo embargaban de tal modo mi ánimo, que no me permitían sentir un sólo instante de remordimiento. ¿Qué era lo que me hacía saborear el placer de la cólera de tal modo, que cuando por un momento, me sucedía que llegaba á no sentir mi supuesto agravio contra el Yamabooshi, me aguijoneaba inmediatamente á mí mismo en una especie de furia artificial en contra de él? Este personaje no había hecho otra cosa que lo que se le había pedido y lo que había prometido tácitamente; y no sólo esto, sino que yo mismo había sido quien le había impedido hacer más hasta para mi propia protección, si es que debía creer al Bonzo, hombre que yo sabía era completamente honrado y de toda confianza. ¿Era pesar de haberse visto obligado por mi orgullo á rehusar la ofrecida precaución, ó era el temor del remordimiento el que me hacía rebuscar en mi corazón, durante aquellas malhadadas horas, los menores detalles del supuesto insulto ó aquel mismo orgullo suicida? El remordimiento, como lo ha observado justamente un viejo poeta «es como el corazón en el cual crece.....

.... si orgulloso y sombrío,
Es un árbol venenoso el que atravesado de parte á parte
Llora solo lágrimas de sangre.........................

Quizás fuese el temor indefinido de algo por el estilo lo que me hacía permanecer tan obstinado y me conducía á disculpar, bajo el pretexto de haber sido terriblemente provocado, hasta los mismos insultos que había amontonado sobre la cabeza de mi compasivo y bondadoso amigo el sacerdote. Sin embargo, era ya demasiado tarde para retirar las palabras ofensivas que había pronunciado, y todo lo que podía hacer era prometerme la satisfacción de escribirle una carta amistosa, tan pronto como llegase á mi casa. ¡Qué estúpido, qué estúpido ciego era yo, y cuán fátuo y henchido de insolente amor propio estaba! Tan seguro me sentía de que mi visión era debida puramente á alguna treta del Yamabooshi, que realmente llegué á gozar ante la perspectiva de mi próximo triunfo al escribir al Bonzo, que yo había tenido razón en contestar á sus tristes palabras de despedida con una sonrisa incrédula, puesto que mi hermana y su familia estaban todos buenos y dichosos.

No hacía todavía una semana que me hallaba en el mar, cuando tuve ocasión de recordar sus palabras de aviso.

Desde el día de mi experimento con el espejo mágico, percibí un cambio grande en todo mi ser, y al principio lo atribuí al abatimiento moral con que había estado luchando por tantos meses. Durante el día me encontraba á menudo abstraído de todo cuanto me rodeba, perdiendo de vista por algunos minutos las cosas y las personas. Mis noches eran tranquilas; mis sueños eran tristes y á veces horribles. Seguramente era yo buen

marino, y además, el tiempo era extraordinariamente hermoso, estando el Océano tan tranquilo como una balsa. A pesar de esto, sentía á menudo un mareo extraño, y las caras familiares de los pasajeros con quienes me hallaba, adquirían en tales momentos las apariencias más grotescas. Una vez, un joven alemán á quien conocía muy bien, fué repentinamente transformado ante mis ojos en su anciano padre, á quien habíamos dejado en el pequeño cementerio de la colonia europea hacía unos tres años. Estábamos sobre cubierta y hablábamos del difunto y de ciertos negocios suyos, cuando la cabeza de Max Guinner me pareció como si estuviera cubierta con una nube extraña. Una niebla espesa y gris lo rodeaba, y condensándose gradualmente alrededor y sobre su cara llena de salud, se cambió de repente en la cara vieja y fea que yo mismo había visto depositar á seis pies bajo tierra. En otra ocasión, al estar el capitán hablando de un ladrón malayo á quien él había contribuido á capturar y á meter en la cárcel, ví cerca de él la cara amarilla y ruin de un hombre que correspondía á la descripción que había hecho del bandido. Guardé silencio sobre tales alucinaciones; pero como se hacían más y más frecuentes, me sentí sumamente intranquilo, aunque atribuyéndolo siempre á causas naturales, por el estilo de las que había leído sobre el asunto en los libros de Medicina.

Una noche fuí despertado bruscamente por un agudo y penetrante grito de angustia. Era una voz de mujer, una voz quejumbrosa como la de un niño, presa de terror y de desesperación inmensa. Desperté, dando un salto, para encontrarme en tierra en una habitación extraña. Una joven, casi una niña, luchaba desesperadamente contra un hombre de fuerzas hercúleas y de mediana edad, que la había sorprendido en su misma habitación mientras dormía. Detrás de la puerta cerrada con llave, ví á una vieja que estaba escuchando, y cuya cara, á pesar de su expresión infernal, parecía serme familiar; é inmediatamente la reconocí: era la cara de la judía que había adoptado á mi sobrina en el sueño que tuve en Kioto. Había recibido una suma en pago de la parte que tomó en el horrendo crimen, y estaba entonces ejerciendo su complicidad..... Pero, ¿quién era la víctima? ¡Oh, que horror tan inmenso y sobre toda ponderación! Cuando me dí completa cuenta de la situación, al volver á mi estado normal, me encontré con que era mi propia sobrina.

Pero como en mi primera visión, no sentí nada en mí de esa especie de desesperación que nace de la simpatía que llena el corazón, á la vista de un daño que se hace ó de una desgracia que cae sobre los seres que uno ama, no sentí más que una indignación varonil ante el sufrimiento que se infligía á un ser débil y desamparado. Me lancé naturalmente á su socorro, y cogí por el cuello á aquel ser lascivo y bestial. Cargué sobre él con mano fuerte, pero el hombre no hizo caso alguno, y parecía como si ni siquiera me sintiese. Aquel cobarde, al ver que la muchacha se le resistía, levantó su brazo atlético, y dejando caer su pesado puño como un martillo sobre sus dorados bucles, la derribó al suelo. Salté sobre la lujuriosa bestia, lanzando un grito de indignación, pero era el grito de un extraño, y no como el del tigre hembra que defiende á su cachorro, y traté de ahogarlo. ¡Entonces noté, por primera vez, que yo, una sombra, no asía más que otra sombra!

Mis fuertes gritos é imprecaciones habían despertado á toda la gente que había en el vapor, y fueron atribuídos á una pesadilla. No intenté confiar á nadie lo que me pasaba; pero desde aquel día, mi vida se convirtió en una larga serie de torturas mentales; apenas podía cerrar los ojos, sin que presenciase algún hecho horrible, alguna escena de desdichas, de muerte ó de crimen, ya fuera pasado ó presente y hasta futuro, según pude comprobar más adelante. Era como si algún demonio burlón se hubiese complacido en hacer pasar por delante de mis ojos, todo lo que hubiese de bestial, maligno y horripilante en este mundo de miseria. Ninguna visión radiante de hermosura ó de virtud, iluminó nunca con el más débil rayo estas pinturas de terror y de infortunio, que yo parecía condenado á contemplar. Escenas de maldad, de asesinato, de traición y de lascivia, sucedían-

se de una manera horrible ante mi vista, y veíame forzado á presenciar los más viles resultados de las pasiones humanas, y los más terribles desbordamientos de los deseos brutales y groseros.

¿Habría previsto el Bonzo verdaderamente estos terribles resultados, cuando habló de los Daij-Dzins, á quienes había dejado «una entrada», «una puerta abierta» en mí? ¡Qué disparate! Esto no puede ser más que algún trastorno fisiológico y anormal que se ha operado en mí. Una vez en Nuremberg, cuando me haya asegurado de lo falso de mis temores — no me atrevo á suponer ninguna clase de desgracia — tantas visiones desaparecerán como han venido. El hecho mismo de que mi imaginación no sigue más que el rumbo de las escenas de miserias y pasiones humanas más rastreras y viles, es para mí una prueba de que no son reales.

«Si como decís, el hombre consiste en una substancia, la materia, objeto de los sentidos físicos; y si la percepción con sus modos es sólo el resultado de la organización del cerebro, entonces debería naturalmente sentirse atraído solamente á lo material y terrestre.....» — Así me parecía que oía la voz del Bonzo, interrumpiendo mis reflexiones y repitiendo un argumento frecuentemente usado en sus discusiones conmigo.

«No hay más de dos planos de visión ante el hombre — volví á oirle decir: — el plano del amor inmortal y de las aspiraciones espirituales, emanación de la luz eterna, y el plano de la materia siempre sin reposo y sin cesar cambiando, y en cuya luz se bañan los descarriados Daij-Dzins.»

(Se concluirá.)

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

España.

En nuestro número anterior tuvimos el gusto de anunciar á nuestros lectores la próxima constitución de una Rama de la S. T. en Barcelona, y hoy nos cabe la satisfacción de adelantar igual noticia respecto á Madrid. La primera, á la fecha en que escribimos estas líneas, debe ya ser un hecho bajo la denominación de «Rama Montolíu» en honor de la venerada memoria del primer Presidente de la S. T. en España; la segunda lo verificará muy pronto bajo el título de «Rama H. P. B. de Madrid», en honor de nuestro inolvidable maestro H. P. Blavatsky

La propaganda teósofica va ganando terreno en nuestro país; poco á poco se ensancha su radio de acción, y nuevos miembros ingresan constantemente en nuestras filas; es posible que antes de que transcurra mucho tiempo más, tengamos otra Rama en Alicante, debida á los trabajos de nuestro hermano D. José Jiménez Serrano, cuya constancia y actividad teosóficas son dignas de todo encomio.

Hemos tenido el gusto de recibir la Revista Teosófica que publican nuestros hermanos de Amsterdam, titulada *Theosophia,* cuyo sumario es el siguiente: Vegetarismo.—Clave de la Teosofía.—Los Siete Principios.—Nuestro Sello.—Papiro: Joya del Sendero.—Donde hay amor está Dios.—Tolstoï.—Movimiento.

Deseamos á nuestro colega todo género de prosperidades y de éxitos teosóficos.

Inglaterra.

Blavatsky Lodge. — Annie Besant, con la elocuencia que le es característica, hizo el relato de su último viaje á la América del Norte; el trabajo llevado á cabo por la gran propagandista Teosófica y oradora más activa y elocuente de nuestra época, ha sido colosal, y grande el éxito alcanzado. Uno de los hechos notables observados por la viajera, y

sobre el que llamó particularmente la atención de su auditorio, fué, que en sus visitas á las diferentes Ramas de aquel continente, invariablemente notó que donde los miembros abrigaban una firme convicción en los Maestros, allí existía un centro de acción fuerte y activo; pero que donde quiera que los miembros carecían de aquella, las Logias no prosperaban y era muy lánguido el trabajo.

El nuevo programa de conferencias para las sesiones de los sábados en los tres primeros meses ha sido ya concertado, y es el siguiente: *Las Stanzas de Dzyan: la Biblia Secreta del Oriente*, G. R. S. Mead.—*La «Frialdad» de la Teosofía*, Herbert Burroros.—*La Simpalmografía* (Sympalmograph) *y sus enseñanzas*, con experimentos, C. E. Benham.—*El Mecanismo del Pensamiento*, Annie Besant. — *Origen Atlante de Stonehenge*, A. P. Sinnet. — *La Teosofía y los Problemas de la Vida*, H. F. Edge. — *Misticismo de la Poesía Moderna*, M. U. Moore. — *Evolución Teosófica y Darwiniana*, Annie Besant.—*El Misterio de Satán*, G. R. S. Mead. — *La Leyenda de Graal*, R. Machell.—*El karma nacional é individual*, Herbert Burroros.—*Cómo se escribió la Doctrina Secreta*, Condesa de Wachtmeister.—*Los Adeptos como hechos* y *como ideales*, Annie Besant.

Fondo de propaganda.—La Condesa de Wachtmeister reclama la ayuda de sus hermanos teosofistas para el sostenimiento de la biblioteca de propaganda, cuyos ejemplares se están agotando, por ser muchos los pedidos por parte de personas deseosas de aprender y que no tienen recursos para comprar los libros; hasta el presente ha podido hacer frente con sus propios medios, pero ha llegado el momento de recurrir á sus hermanos, esperando que la ayuda de éstos no le faltará.

Propaganda en Londres.—Unos cuantos celosos trabajadores teosóficos han emprendido la campaña de propaganda, dando conferencias en una porción de círculos obreros y otros de la gran Capital, verificándolo con gran éxito en 25 clubs, todos liberales y democráticos, despertando grandísimo interés, hasta el punto de tener que prometer una nueva serie de conferencias.

En Bermirgham, Liverpool, Manchester y otras grandes ciudades, el trabajo teosófico es cada vez más activo, adquiriendo gran fuerza y desarrollo sus Ramas respectivas, y creándose otras nuevas, sucediendo otro tanto en Irlanda.

India.

En nuestro número anterior dimos cuenta de haber sido concedida la medalla de Subba Row, al Secretario General de la Sección Europea, G. B. S. Mead, por sus notables trabajos teosóficos, y hoy tenemos la satisfacción de añadir que igual honor le ha sido conferido por el Centro teosófico de Bengalore, que por el mismo concepto, le ha adjudicado la medalla H. P. B.

El Coronel Olcott, P. S. T. y Mr. Edge, han hecho una visita á las principales Ramas del continente dando conferencias, á las que han asistido numeroso auditorio. El Presidente de la S. T. ha quedado satisfecho del resultado de su viaje y del estado de las Ramas, principalmente las de Mozufferpore, Jamalpur, Bhanguepur, Pakur, Rajmohal, Berhampur, que ha visitado por primera vez.

También el Pandit Bhavanishanker, Inspector de las Ramas, ha estado girando últimamente una visita y ha dado conferencias en Bombay, Surat, Lecunderabad y otros grandes Centros de actividad teosófica, con éxito verdaderamente notable, á juzgar por lo que se desprende de las cartas recibidas en el Centro General, y siendo uno de los inmediatos resultados el ingreso de numerosos miembros.

Australia.

La llegada de Mrs. Cooper-Oakley ha sido de mucha utilidad para las Ramas de aquel continente, imprimiendo en los Centros gran actividad; las noticias que leemos respecto de las mismas, son de lo más satisfactorias, y sentimos que la falta de espacio no nos permita dar cuenta de los detalles de los trabajos realizados.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.-Madrid.